

Thankful, To Say The Least

The difference between an optimist and a pessimist, someone said, is seen in how each one looks at a half-cup of coffee. The pessimist sees it as half empty, the optimist sees it as half full.

Perhaps this is the difference between those who do or do not appreciate the time of year known as Thanksgiving; a time for the whole nation seriously to reflect on our innumerable and priceless blessings, which we sometimes mostly take for granted. Dwelling on gloomy reports of budgets, deficits, violence, disasters, hunger, terrorism, and corruption, one hardly can think that all is right in this sin-burdened world of ours. But if we can summon the courage to lift up our heads above all the melancholy clouds of pessimism and refresh our spirits on even a few of the joyful, gracious, and truly beautiful things of life, then we might see that while not all is right, there remains much that is right in a cursed...but blessed...world.

People who love us, the magic of children's innocent ways, the peace of doing a good deed, the incomparable beauty of nature, the enchanting colors of autumn, sharing love and time with family and friends, the warmth of a friendly smile, the exhilaration of communion with God, the majesty of love expressed in kind deeds: so profound is their strength that the world, even at its worst, cannot conquer the heart that is graced by such exquisite treasures from on High—treasures that ought to point us Heavenward in hope, instead of earthward in despair.

That which gives the world hope and enables us to see this world as half-full is He who is the source of all beauty: Jesus Christ, our Creator (John 1:1-3; Hebrews 1:8-14) and our Savior (John 3:16). Having surrendered my soul to His redeeming love, what room is left in my heart for ingratitude or pessimism? With such a Father as Jehovah, the Almighty, and such a Lord as Jesus, the Everlasting Son, even in the worst of worlds I can be thankful, to say the least. Let us praise God, from whom all blessings flow.

Agradecido, Por Decir Lo Menos

La diferencia entre un optimista y un pesimista, dijo alguien, se ve en cómo mira cada uno una media taza de café. El pesimista la ve medio vacía, el optimista la ve medio llena.

Quizás esta sea la diferencia entre aquellos que aprecian o no la época del año conocida como la Acción de Gracias; un tiempo para que toda la nación reflexione seriamente sobre nuestras bendiciones innumerables e invaluable, que a veces en su mayoría damos por sentadas. Pensando en sombríos informes de presupuestos, déficits, violencia, desastres, hambre, terrorismo, y corrupción, uno difícilmente puede pensar que todo está bien en este mundo nuestro cargado de pecado. Pero si podemos reunir el coraje para levantar nuestras cabezas por encima de todas las nubes melancólicas del pesimismo y refrescar nuestros espíritus en algunas de las cosas alegres, graciosas, y verdaderamente hermosas de la vida, entonces podremos ver que, aunque no todo está bien, queda mucho de lo que es correcto en un mundo corrompido...pero aun bendecido.

Las personas que nos aman, la magia de la inocencia de los niños, el gozo de hacer una buena acción, la belleza incomparable de la naturaleza, los colores encantadores del otoño, compartir el amor y el tiempo con familiares y amigos, la calidez de una sonrisa amistosa, la euforia de la comunión con Dios, la majestad del amor expresado en buenas obras: tan profunda es su fuerza que el mundo, incluso en su peor momento, no puede conquistar el corazón que está agraciado por tan exquisitos tesoros de los cielos, tesoros que deberían señalarnos hacia el Cielo en la esperanza, en lugar de terrenalmente en la desesperación.

Y lo que da esperanza al mundo y nos permite ver este mundo medio lleno es Él, quien es la fuente y el fundamento de toda belleza: Jesucristo, nuestro Creador (**Juan 1: 1-3; Hebreos 1: 8-14**) y nuestro Salvador (**Juan 3:16**). Habiendo entregado mi alma a su amor redentor, ¿qué lugar queda en mi corazón para la ingratitud o el pesimismo? Con un Padre como Jehová, el Todopoderoso, y un Señor como Jesús, el Hijo Eterno; entonces, incluso en el peor de los escenarios en este mundo puedo estar agradecido, por decir lo menos. Alabemos a Dios, de quien brotan todas las bendiciones.